

“LA HERENCIA DE DON JOAQUÍN”



MA. DEL SOCORRO CANDELARIA ZÁRATE

ILUSTRACIONES: OSCAR IBARRA TORRES

LA HERENCIA DE DON JOAQUÍN

– ¡Felicidades hijita, muchas felicidades! –dijo Don Joaquín a su nieta, con lágrimas de alegría brotando de sus ojos.

–Gracias abuelo, gracias por estar en este momento a mi lado. Te quiero, de verdad que has sido un pilar importante en mi vida. Cuanto apoyo he recibido de ti, ven a tomarte una foto conmigo.

Daniela irradiaba felicidad, vestida con toga y birrete, sostenía su diploma de graduada en la mano derecha y abrazaba a Don Joaquín con el brazo izquierdo. Ambos sonrieron a la cámara y dejaron plasmado en el papel fotográfico un momento culminante que resumía años de trabajo, lucha y logros compartidos.



El lunes siguiente, libre ya de los festejos de graduación que mantuvieron a Daniela ocupada durante todo el fin de semana, Don Joaquín llamó temprano al celular de su nieta; ella aún adormilada le contestó:

–Abuelo, ¿estás bien, qué ocurre?

–Nada hija, no me ocurre nada. Quiero ser el primero en llamarte y tener así la posibilidad de que me dediques toda la mañana a mí. Después, seguro comenzarás a tener otro tipo de compromisos; entrevistas de trabajo, qué se yo. Sólo quiero invitarte a desayunar al restaurante de crepas que tanto te gusta.

– ¡Abuelo, eres un amor! Claro que estoy más que dispuesta a desayunar contigo y después podemos hacer lo que quieras; te dedicaré toda la mañana. Mis papás ya salieron a trabajar y, aunque afortunadamente sí tengo una entrevista de trabajo, ésta será hasta las cinco de la tarde. Así que sólo me baño, me arreglo y espero a que pases por mí.

–Pues no se diga más, nos vemos dentro de una hora hijita.

Ambos se despidieron y comenzaron a prepararse para el encuentro. Pasada una hora, puntual como siempre, Don Joaquín tocó a la puerta de la casa de su adorada nieta y Daniela salió muy arreglada; su abuelo no pudo evitar lanzar un silbido y decirle:

–Vaya, vaya, qué afortunado seré de que camines de mi brazo. Voy a ser la envidia de muchos hombres; pero te lo advierto, el que se atreva a mirarte sabrá que los puños de este viejo, aún golpean fuerte.

–Abuelo, tranquilo, haces que me sonroje. Pero no veo tu coche, ¿iremos a pie o en taxi? Me prometiste que me llevarías a desayunar crepas y el restaurante no queda nada cerca de casa. Si vamos a ir caminando, prefiero subir y dejar estos tacones que no toleraré después de dos calles caminando, y si vamos a ir en taxi o camión me quito este vestido y así no tendrás que golpear a nadie por voltearme a ver –dijo Daniela, sonriendo y guiñándole el ojo a Don Joaquín.

– ¡Oh no, no, no, no!, nada de que te me cambias de ropa. Sí vamos a caminar, pero no mucho. Sólo de aquí a la esquina, así que tomate de mí brazo y mantén los ojos cerrados, confía en mí, yo te guiaré sin problema alguno hasta nuestro destino.

–Pero, abuelo, ¿qué tramas?, yo... –Daniela no pudo terminar la frase, Don Joaquín la interrumpió con un contundente: “no preguntes hija, no preguntes, tú sólo camina”

Llegando a la esquina, Don Joaquín le pidió a su nieta que abriera los ojos y la joven gritó de alegría, abrazó a Don Joaquín y comenzó a llorar; entonces Daniela le dijo:

– ¡Abuelo!, ¿qué es esto? Vaya, aún recuerdas ese momento. ¿Qué edad tendría?, no sé, cinco o seis años y caminábamos juntos por la calle, fue cuando pasó el compacto rosa, nunca lo olvidaré, te dije que yo quería uno así; recuerdo que me dijiste: “Si hijita, cuando seas grande y termines tu carrera, el día que te gradúes te lo compro, ya verás”.



–Si pequeña, así fue y ya te graduaste, así que debo cumplir mi promesa.

Daniela abrazó a Don Joaquín y le dio un beso en la mejilla, luego le dijo:

–Abuelo, ¿cuánto tiempo te costó reformar este coche?, rosa perfecto, cromadas las salpicaderas y los rines, techo color blanco, tapicería interior de piel blanca y volante blanco.



Reformarlo debió de costarte una fortuna; creo que de todo lo que veo aquí, lo que te salió más barato fue el moño rosa que le pusiste. ¡Eres un amor, abuelo! –Daniela lo abrazó y lo besó en la mejilla.

–Y eso que aún no pruebas su potencia, este compacto está reformado mi niña. A partir de hoy, ya no andarás en camión o dependiendo de que tus papás

te lleven o te traigan a donde necesites ir. Pero deberás de ser muy responsable con él, nada de andar manejando rápido por la ciudad o salir a altas horas de la noche; quiero darte un medio de transporte que facilite tu vida, no que te la complique. De verdad que no me perdonaría que algo malo te sucediera andando en este coche. –dijo Don Joaquín en tono serio.

–Descuida abuelo, no le daré un mal uso, no me han educado para eso. Además, es un regalo que no esperaba y que deseaba tanto. Quería que mis papás me ayudaran a comprar un coche que me permitiera conseguir un trabajo en cualquier lugar de la ciudad y no batallar para llegar a tiempo a cumplir con mis compromisos. Ahora, iremos a desayunar crepas en mi nuevo compacto rosa.

Don Joaquín sacó las llaves de la bolsa del pantalón y se las extendió a su nieta, ambos se subieron al coche y arrancaron dispuestos a disfrutar de un delicioso desayuno.

Cuando llegaron al restaurante y mientras esperaban que les trajeran sus crepas, Daniela le dijo a Don Joaquín:

–Abuelo, yo le doy gracias a Dios de ser una joven tan afortunada. Siempre desde que era pequeña supe que contaba con tu apoyo; sabía que tenías el dinero suficiente para poder complacer a tu nieta en casi todos sus caprichos. Hoy me lo volviste a corroborar. Es muy padre tener un abuelo rico como tú.

–Pues lamento contradecirte, hijita. Estas muy equivocada, yo no tengo el “dinero suficiente”, como dices tú. Trabajé toda una vida para tener lo que tuve y también ahorre durante toda mi vida adulta, para tener lo que hoy tengo. No fui rico, ni soy rico, ni seré rico. No hay magia hija, ni tampoco mucha ciencia: trabajas, tienes; ahorras, tendrás. Ese es mi secreto y también quiero que sea mi legado, deseo que tu padre y tú apliquen en sus vidas lo que yo me he esforzado en enseñarles con el ejemplo.

–Abuelo, no te enojas. Lamento que mi comentario te molestara. Tal vez no supe expresar bien mis ideas, pero no me mal entiendas –dijo Daniela un tanto avergonzada.

–No hija, tú tampoco me mal entiendas, yo no estoy enojado contigo y menos por esta razón. Nada empañará este momento tan especial entre nosotros. Pero tampoco permitiré que te quedes con ideas erróneas. ¿Me permites darte un buen consejo, hoy que inicias tu vida adulta?

–Por supuesto abuelo, quiero saber cómo fue que administraste tan bien tus recursos y que hoy te permite vivir holgadamente, de hecho tan holgadamente que yo te considero un hombre rico –Daniela rio y le dio un beso en la mejilla a su abuelo, logrando sacarle una sonrisa.

–Daniela, hoy te entregaré mi herencia, esto que voy a decirte tiene mucho más valor que el automóvil que te regalé o que cualquier otra cosa material que pueda dejarte. Así que, presta mucha atención.

Con la primera taza de café en mano, Don Joaquín comenzó a contarle a su nieta un hecho que marcó su vida y que lo obligó a preocuparse por su propia vejez y futuro:

“Mamá nació a principios del siglo XX, se casó muy joven, a los dieciséis años era ya esposa y madre de su primer hijo varón. Fuimos doce hermanos, sólo mi padre trabajaba, pero eran otras épocas, hijita; las mujeres no estudiaban, se dedicaban a las labores del hogar y a cuidar de los hijos. Los hombres mantenían familias muy numerosas, así que ahorros no existían y los planes de pensiones o seguros de vida, ni soñarlo. El futuro no tenía lugar cuando un solo salario tenía que alimentar a catorce bocas. Mi padre convivía poco con nosotros ya que trabajaba todo el día; murió por una enfermedad que en tres meses terminó por matarlo, dejando atrás doce huérfanos: el más grande de dieciséis años y la más pequeña de tres, todos bajo las ordenes de una viuda que nunca en su vida había trabajado y que no tenía estudios. Estábamos a finales de los años cincuenta y todos tuvimos que esforzarnos mucho por sobrevivir y hacer algo de nuestras vidas. Mamá trabajó lavando ropa y planchando ajeno, para darnos de comer y sostener la casa.

Cuando mi madre envejeció, dependía por completo de lo que nosotros como hijos pudiéramos darle, no tenía ingresos fijos y no siempre podíamos ayudarla ya que todos teníamos compromisos y familias que sacar adelante. Escucha hijita y aprende, tu bisabuela tenía que esperar que la lleváramos al médico cuando ella enfermaba, esperar a que le compráramos su medicina para la diabetes y la hipertensión, que mis hermanas o sus nueras le llevaran comida todos los días y que alguien la incluyera en sus vacaciones para que pudiera salir de viaje; ropa y zapatos los recibía cuando era su cumpleaños, día de la madre o navidad y no eran elegidos a su gusto.

Cuando ella murió tuvimos que repartirnos sus gastos funerarios y encargarnos de darle santa sepultura a sus restos. Era dependiente por completo de sus hijos, no contaba con dinero para decidir sobre su vida y eso la limitaba.

Decidí que yo haría las cosas diferentes, la experiencia de mi familia y sobre todo de mamá, no eran deseables para nadie. Yo quería llegar a viejo siendo independiente, pudiendo sostenerme solo, viajar si lo deseaba, comprarme ropa a mi gusto, atender mis enfermedades, comer en un restaurante el día que quisiera, pagar mis funerales y si todavía podía, ayudar en la medida de mis posibilidades a mis hijos y a mis nietos. No quería ser un estorbo, ni depender de nadie y mucho menos quería terminar abandonado en un asilo; fue por eso que preví mi vejez.”

En ese momento, una mesera trajo el desayuno, interrumpiendo la plática de Don Joaquín, ambos guardaron silencio y una vez servidos los platos, Daniela le dijo a su abuelo:

–Abuelo, de verdad que no sabía nada de esta historia. Nunca me pregunté cómo fue tu niñez o tu adolescencia. No sabía que tu padre había muerto tan pronto y mucho menos imaginaba las penurias que tuvo que vivir mi bisabuela. No sé, es difícil imaginar una vida tan diferente a la que llevamos ahora las mujeres, no me imagino a mamá sin salir a trabajar todos los días como lo ha hecho siempre; ni mucho menos lavando y planchando para sostenerme, de hecho creo que nunca la he visto lavar o planchar nada. Pero lo que me platicas, la dependencia de mi bisabuela, eso me aterra. No me imagino, como tú bien dices, esperando a que alguien se dé cuenta de que estoy enferma de gripa o de algo peor para que decida llevarme a un doctor, o esperando que cualquiera me traiga de comer un pescado al mojo de ajo que no me gusta y tenérmelo que comer, ni mucho menos vistiendo un suéter amarillo una talla más grande porque es lo que me quisieron regalar. Abuelo, dime qué hago para evitar esta situación tan terrible. Aconséjame, por favor.

–Mira hijita, no intento asustarte, sólo transmitirte mis vivencias. Si los jóvenes con su maravillosa edad, tuvieran la experiencia que acumulamos los viejos, serían sabios. Lo que yo hice fue ahorrar Daniela, sólo ahorrar y lo logré, sobre todo si comparo mis épocas con las actuales, ya que entonces no existían todas las opciones que tienen ustedes hoy; si hubieran existido, tal vez yo tendría mucho más dinero y sería tan rico como tú supones. Otra de mis grandes ventajas, fue que me jubilé después de treinta años de trabajo en Ferrocarriles de México, ese era un buen empleo en mi época y me ha sostenido hasta el día de hoy.

–Abuelo, yo nunca viajé en un tren. Pero lo que me interesa saber, es qué debo hacer para planear mi vejez y obtener los recursos que necesito –preguntó Daniela, mientras daba buena cuenta de su crepa dulce.

–Mira Daniela, te daré tres buenos consejos y esa será la mejor herencia que este viejo pueda dejarte. Cuando seas grande y platiques con tus hijos o tus nietos como hoy lo hacemos tú y yo, es seguro que el compacto rosa que te acabo de regalar ya no lo tendrás contigo; pero el recuerdo de esta mañana y el contenido de nuestra plática te acompañará toda la vida. El primero, y tal vez el más importante de mis consejos, es que debes saber que si hoy te jubilarás, para sostener tu nivel de vida actual requerirás el 70% de los ingresos de tu último empleo. Hija, eso es mucho dinero, por lo que deberás comenzar por hacer una buena planeación financiera. Hoy que eres soltera y no tienes compromisos te es más fácil ahorrar, pero de lo que te paguen de sueldo deberás destinar entre el 10 o el 15% de tu ingreso disponible, una vez que hayas pagado tus gastos fijos e incluso tus deudas, para tu retiro. Yo lo guardaba en una cuenta que no tocaba nunca, ni para una urgencia; pero hoy hay excelentes fondos de pensiones que manejan muchas grupos financieros o aseguradoras con muy buenos rendimientos y beneficios maravillosos como seguros de vida o seguros que cubren enfermedades de la mujer. Además, tienes la ventaja que no puedes tocar ese dinero, ni disponer de él hasta que se cumpla el plazo pactado con ellos.

– ¿Cómo?, vaya esa opción es excelente, abuelo.

–Si hija, lo es. Sobre todo ahora que muchas mujeres son cabezas de familia y se hacen cargo de los hijos. Si algo malo les sucede, sus pequeños quedan amparados con un monto previamente establecido al momento de contratar el plan de pensión o si todo sale bien, cuando ellas llegan a su etapa de jubilación, les entregan los recursos ahorrados durante los años que lo hicieron.

- Abuelo, esa opción me interesa mucho. Yo no podría tener una cuenta de ahorro y no tocarla. En cuanto hubiera un viaje de vacaciones a una playa con mis amigos, un vestido que me gustara mucho en una plaza comercial o una noche en un antro, de verdad que dispongo de los ahorros sin mayor cargo de conciencia. Así, si son fondos destinados a un retiro y no los puedo tocar, yo sería la mujer más feliz de este mundo teniendo la certeza de que esos recursos estarían a salvo lejos de mis manos. Me informaré sobre ellos, lo prometo. –Daniela, levantó la mano derecha en señal de promesa como su abuelo la había enseñado desde pequeña.



–Mi segundo consejo es que busques un empleo que te ofrezca todas las prestaciones de ley, entre ellas un plan de retiro o Afore, en donde tú, la empresa y el gobierno aporten recursos mes a mes para tu jubilación. Mírame hija, yo vivo principalmente de mi jubilación. Además, hoy cualquier Afore te brinda una oportunidad maravillosa, que es el poder hacer aportaciones voluntarias a tu fondo de retiro. Si tu empresa te da un bono o te paga tu aguinaldo o hace reparto de utilidades, volvemos al consejo anterior, el 10% de lo recibido envíalo a las aportaciones voluntarias. Lo restante, gástalo, vívelo, disfrútalo; tampoco se trata de no gozar la vida y pensar sólo en la vejez; no, no, no vamos a hacernos a la costumbre de guardar un poco de dinero hoy, para asegurar un mejor mañana.



–Ese es un maravilloso consejo abuelo, hoy en mí entrevista de trabajo preguntaré si la empresa ofrece todas las prestaciones de ley y si cuentan con algún plan de retiro –dijo Daniela abriendo una nota en su celular y apuntando en él, lo que debería preguntar.

–El tercero y último de mis consejos es que busques información, infórmate hijita. Es importante saber cómo se invierte tu plan de pensión, ya que la inflación y los tipos de inversiones juegan papeles fundamentales en el monto que tendrás al retirarte. Hoy las Afores te envían información trimestral o semestral sobre tus ahorros y la cantidad que llevas reunida. La CONSAR, te informa de las utilidades o pérdidas de cada una de las Administradoras de Ahorro para el Retiro, y también quién ofrece los más altos rendimientos en cada uno de ellos. Por información no vas a parar, pero debes buscarla constantemente, para que tomes la mejor decisión de quién te conviene más que administre tu dinero.

–Abuelo, deja entro desde mi celular a la página de la CONSAR, quiero ver qué información manejan. Me has picado el interés y eso es bastante bueno.



–Hijita, ¿pedimos un postre? –interrumpió Don Joaquín a su nieta que observaba el celular con interés.

–Sí, quiero un pay de zarzamora abuelo.

–Mmmmm, sí, yo pediré un pastel de tres leches.

–Pues ni hablar abuelo, ahora disfrutaremos de un buen postre –contestó Daniela.

La mañana continuó entre pláticas y risas, Daniela le contaba a su abuelo sobre planes, proyectos, pretendientes y amigas; Don Joaquín pasaba de las sonrisas, a la emoción, al enojo y a uno que otro exabrupto que Daniela mitigaba diciendo: “no te preocupes abuelo, sé cómo manejarlo”.

Después de pasar una excelente mañana juntos, se dirigieron a casa del abuelo. Daniela dejó a Don Joaquín en la puerta de su casa y arrancó feliz en su compacto rosa, haciendo sonar el claxon del coche y gritando por la ventana:

“Te amo abuelo, eres el mejor, gracias por el coche, por las crepas y sobre todo por tus consejos. ¡Tu nieta te ADORA!”.



FIN